

Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión

D. Bernal Casasola y A. Ribera i Lacomba (eds. científicos)



Editado con motivo del XXVI Congreso Internacional
de la Asociación Rei Cretariae Romanae Fautores

Edita



Universidad
de Cádiz

Servicio de Publicaciones

Colabora



Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión

D. Bernal Casasola y A. Ribera i Lacomba (eds. científicos)



EDITADO CON MOTIVO DEL XXVI CONGRESO INTERNACIONAL DE LA
ASOCIACIÓN REI CRETARIAE ROMANAE FAUTORES

CÁDIZ, 2008

Primera edición: 2008

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz

© De cada capítulo su autor

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz

Con la colaboración de la Fundación Pouroulis

C/ Dr. Marañón, 3 • 11002 Cádiz (España)

www.uca.es/publicaciones

publicaciones@uca.es

ISBN: 978-84-9828-216-0

Depósito Legal: M-40610-2008

Revisión de estilo: Elena Moreno Pulido

Diseño y Maquetación: Trébede Rural, S.L.

Imprime: Pedro Cid, S.A.

Índice

Introducción. “What are we looking for in our pots?” Reflexiones sobre ceramología hispanorromana	15
Darío Bernal Casasola y Albert Ribera i Lacomba	

Prólogo. La cerámica hispanorromana en el siglo XXI	37
Miguel Beltrán Lloris	

BLOQUE I. ESTUDIOS PRELIMINARES

Los estudios de cerámica romana en las zonas litorales de la Península Ibérica: un balance a inicios del siglo XXI	49
Ramón Járrega Domínguez	
Los estudios de cerámica romana en las zonas interiores de la Península Ibérica. Algunas reflexiones	83
Emilio Illarregui	
De la arcilla a la cerámica. Aproximación a los ambientes funcionales de los talleres alfareros en <i>Hispania</i>	93
José Juan Díaz Rodríguez	
Hornos romanos en España. Aspectos de morfología y tecnología	113
Jaume Coll Conesa	
El Mediterráneo Occidental como espacio periférico de imitaciones	127
Jordi Principal	

BLOQUE II. ROMA EN LA FASE DE CONQUISTA (SIGLOS III-I. A. C.)

Las cerámicas ibéricas. Estado de la cuestión	147
Helena Bonet y Consuelo Mata	
La cerámica celtibérica	171
Francisco Burillo, M ^a Ascensión Cano, M ^a Esperanza Saiz	
La cerámica de tradición púnica (siglos III-I a. C.)	189
Andrés María Adroher Auroux	
Cerámica turdetana	201
Eduardo Ferrer Albelda y Francisco José García Fernández	
Cerámicas del mundo castrejo del NO Peninsular. Problemática y principales producciones	221
Adolfo Fernández Fernández	

La cerámica “Tipo Kuass”	245
Ana M ^a Niveau de Villedary y Mariñas	
La cerámica de barniz negro	263
José Pérez Ballester	
Producciones cerámicas militares en <i>Hispania</i>	275
Ángel Morillo	

BLOQUE III. NUEVOS TIEMPOS, NUEVOS GUSTOS (AUGUSTO-SIGLO II D. C.)

Las cerámicas “Tipo Peñafior”	297
Macarena Bustamante Álvarez y Esperanza Huguet Enguita	
Producciones de <i>Terra Sigillata</i> Hispánica.....	307
M ^a Isabel Fernández García y Mercedes Roca Roumens	
<i>Terra sigillata</i> hispánica brillante (TSHB)	333
Carmen Fernández Ochoa y Mar Zarzalejos Prieto	
Las cerámicas de paredes finas en la fachada mediterránea de la Península Ibérica y las Islas Baleares	343
Alberto López Mullor	
Paredes finas de <i>Lusitania</i> y del cuadrante noroccidental	385
Esperanza Martín Hernández y Germán Rodríguez Martín	
Lucernas hispanorromanas	407
Ángel Morillo y Germán Rodríguez Martín	
Las cerámicas “Tipo <i>Clunia</i> ” y otras producciones pintadas hispanorromanas.....	429
Juan Manuel Abascal	
Las “cerámicas bracarenses”	445
Rui Morais	
El mundo de las cerámicas comunes altoimperiales de <i>Hispania</i>	471
Encarnación Serrano Ramos	
La producción de cerámica vidriada	489
Juan Ángel Paz Peralta	

BLOQUE IV. CERÁMICAS HISPANORROMANAS EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA (SIGLOS III-VII D. C.)

Las producciones de <i>terra sigillata</i> hispánica intermedia y tardía.....	497
Juan Ángel Paz Peralta	
La vajilla <i>Terra Sigillata</i> Hispánica Tardía Meridional	541
Margarita Orfila Pons	
Las imitaciones de cerámica africana en <i>Hispania</i>	553
Xavier Aquilué	
La cerámica ebusitana en la Antigüedad Tardía	563
Joan Ramon Torres	
Las producciones de transición al Mundo Islámico: el problema de la cerámica paleoandalusí (siglos VIII y IX).....	585
Miguel Alba Calzado y Sonia Gutiérrez Lloret	

BLOQUE V. ALGO MÁS QUE CERÁMICA: LA SINGULARIDAD DE LAS ÁNFORAS

Las ánforas del mundo ibérico	617
Albert Ribera i Lacomba y Evanthia Tsantini	
La producción de ánforas en el área del Estrecho en época tardopúnica (siglos III-I a. C.).....	635
Antonio M. Sáez Romero	
Ánforas de la Bética	661
Enrique García Vargas y Darío Bernal Casasola	
Las ánforas de la Tarraconense	689
Alberto López Mullor y Albert Martín Menéndez	
Las ánforas de <i>Lusitania</i>	725
Carlos Fabião	

BLOQUE VI. OTRAS PRODUCCIONES ALFARERAS Y TENDENCIAS ACTUALES

El material constructivo latericio en <i>Hispania</i> . Estado de la cuestión.....	749
Lourdes Roldán Gómez	
Terracotas y elementos de coroplastia	775
María Luisa Ramos	
Aportaciones de la arqueometría al conocimiento de las cerámicas arqueológicas. Un ejemplo hispano	787
Josep M. Gurt i Esparraguera y Verònica Martínez Ferreras	
El grupo CEIPAC y los estudios de epigrafía anfórica en España.....	807
José Remesal Rodríguez	

Las cerámicas “Tipo *Clunia*” y otras producciones pintadas hispanorromanas

Juan Manuel Abascal
Universidad de Alicante

Introducción

Desde hace algo más de treinta años, la sospecha generalizada sobre la existencia de cerámicas pintadas de tradición indígena en época romana (Llobregat, 1969; Fernández-Galiano, 1977; etc.), se ha convertido en una realidad. Datos de excavaciones, revisión de contextos antiguos, nuevas sistematizaciones, etc. han contribuido a mostrar un nuevo panorama en el que incluso disponemos de tipologías y de variantes regionales (Abascal, 1984a, 1984b, 1986, 1987, 1988, 1992). Hoy sabemos que estas manifestaciones son comunes a casi todas las regiones de la Península Ibérica, aunque la fecha de incorporación a la órbita romana de cada uno de los territorios ha repercutido de distinta manera en el mantenimiento de esas tradiciones o en la fuerza con que se muestran.

La cerámica es uno de los elementos culturales que con más vigor retuvo las tradiciones indígenas, de modo que los territorios que fueron incorporados al dominio romano a lo largo del siglo II a. C. no evidenciaron sus mayores influjos hasta 100 ó 150 años después, ya en la segunda mitad del siglo I a. C.; fue en ese momento cuando los productos aretinos introdujeron nuevas formas, nuevos usos, nuevos precios, etc. Fue entonces cuando la vajilla indígena se transformó y se adaptó a las nuevas exigencias de la demanda (Abascal, 1988, *passim*), pero en ese momento su fabricación ya no correspondía regionalmente a las antiguas unidades indígenas, porque la sociedad a la que se destinaron esos productos ya no mantenía fielmente esa estructura tradicional (Martín, 1968, 107; Abascal, 1992, 91-96).

Eso explica que sea tan difícil identificar un tipo cerámico con una etnia y que no podamos hablar con propiedad de cerámicas oretanas, contestanas, ilergetas o celtíberas, por poner un ejemplo. Se trata de productos

que responden a tradiciones indígenas, pero con límites geográficos difusos. En lo que se refiere a las cerámicas pintadas y a sus autores, la huella de la tradición indígena no es un fósil director, sino tan sólo un fósil, una herencia artesanal que dejó de caracterizar a un *populus* o a un conjunto de *populi* para evidenciar el mantenimiento de las tradiciones cerámicas antiguas en un ambiente geográfico mucho más amplio que el que le correspondía originalmente.

El momento de contacto entre la vajilla ibérica y el mundo itálico en suelo peninsular lo definen algunos contextos de comienzos del siglo II a. C. Por no abundar en los sobradamente conocidos, citaremos tan sólo un testimonio clave, la necrópolis del Cigarralejo, cuyo enterramiento 198 (Cuadrado, 1987, 101, lám. XVIII, fig. 144) proporcionó un *kalathos* con un as romano dentro; el tipo de la pieza, con los característicos elementos de proa de nave y Jano bifronte, asegura la cronología en el tránsito del siglo III al II a. C.

La cultura ibérica se encontraba en esos años en sus máximos niveles de desarrollo, por lo que tales asociaciones son tan sólo el inicio de una cadena evolutiva de la que a nosotros nos interesa el final; es decir, el momento en que la progresiva latinización de los medios indígenas propició una sustitución de los referentes externos de las culturas ibéricas hasta convertir la cerámica pintada en una excepción dentro del amplio mundo de la vajilla romana.

Ese momento llegó a la costa mediterránea peninsular y Andalucía en los últimos años del siglo I a. C., por lo que los verdaderos supervivientes a todos estos cambios son los contextos cerámicos datables a partir de época augustea. Aunque el reducido espacio de estas consideraciones no permite plantear la cuestión en detalle, podemos resumir algunas novedades significativas

en el mundo de la cerámica pintada que alcanza los tiempos de la dinastía julio-claudia:

- Reducción del catálogo formal. Los testimonios pintados que rebasan el cambio de Era se reducen tipológicamente al *kalathos*, la urna globular con o sin asas, la jarra de cuerpo globular de la que deriva el olpe y a algunos testimonios de páteras.
- Reducción del tamaño de las piezas.
- Simplificación de los motivos decorativos.
- Tendencia a la ornamentación en frisos, con uso ocasional de metopas.

La primera percepción historiográfica de que hubo cerámica pintada de tradición indígena en época romana vino de la mano de la cronología, especialmente de los intentos de establecer una fecha para el final de estas producciones que en principio parecían no alcanzar el cambio de Era. Por eso tuvo tanto eco la evidencia de que algunos materiales pintados permitían suponer una producción de la cerámica ibérica con posterioridad al reinado de Augusto (García y Bellido, 1952 y 1957), lo que explica por ejemplo el tono emocionado con que M. González Simancas relató el hallazgo de las cerámicas de la Torre Ciega de Cartagena en 1929 (González Simancas, 1929). Simultáneamente comenzaron a producirse hallazgos como los de *Clunia*, en los que se advertía un gusto plenamente indígena, pero en donde las formas y algunos motivos hablaban de un desarrollo de esta producción en la segunda mitad del siglo I d. C.

Con el paso de los años, la terminología ha ido reservando a todos esos materiales pintados que rebasan el cambio de Era la calificación de “cerámica pintada romana de tradición indígena” (figs. 1-4).

Cuando definimos estos tipos pintados fabricados a lo largo de la etapa imperial con la calificación de “romanos”, no estamos prejuzgando la etnia de los alfareros, sino que nos referimos únicamente al momento en que fueron producidos. De esta manera, la denominación de “cerámica pintada romana de tradición indígena”, comprende las producciones pintadas fabricadas en la Península Ibérica desde el comienzo de la dinastía julio-claudia. En muchos materiales antiguos de estos primeros años la huella indígena es algo más que un elemento en la composición de la pieza; en ocasiones, los vasos no muestran diferencias con los productos del siglo I a. C., pues tanto la identidad del alfarero como los elementos for-

males y estilísticos que integran las cerámicas no han experimentado ningún cambio; estas cerámicas, aunque producidas en el siglo I d. C., no han adoptado todavía ninguna característica que permita determinar su evolución dentro de unos nuevos gustos, por lo que no se les puede conceder plenamente el calificativo de “romanas”. Conviene reservar este término para aquellas piezas en las que la forma, algún elemento decorativo, la técnica de producción, etc., experimentaron cambios sustanciales por influencia de las vajillas propiamente romanas, o bien, para aquellas variedades que, como consecuencia de su integración en un ambiente cultural distinto, debieron transformar su esquema de producción, estandarizándose y haciéndose competitivas.

Todos estos fenómenos fueron una realidad en *Hispania* a comienzos de la segunda mitad del siglo I d. C., fue entonces cuando la terminología empleada hoy alcanzó todo su significado. Por ello, las producciones de la primera mitad del siglo son, en la mayoría de los casos, precedentes de los tipos que se formarán después, pero deben ser estudiadas desde una óptica completamente distinta.

La cerámica pintada de tipo ibérico no pervivió en *Hispania* después de los años cincuenta del siglo I d. C., sino que se transformó. La producción pintada de época flavia es un fenómeno radicalmente distinto a cuantos manifiestan las cerámicas indígenas de períodos anteriores; las formas se redujeron de tamaño, amoldándose a los gustos del momento, estandarizándose, adoptando nuevos criterios decorativos, etc., y ello es, sin duda, una razón suficiente para que sean consideradas de forma individualizada. No es que desaparecieran los motivos decorativos y los esquemas compositivos prerromanos, sino que muchos de ellos se transformaron y pasaron a desempeñar un papel nuevo en las vajillas pintadas de este período.

La influencia de la cerámica romana

Como consecuencia de la estabilidad posterior a las guerras cántabras, los productos aretinos hicieron su entrada masiva en la Península Ibérica y alcanzaron, no sólo puntos costeros, sino incluso muchos lugares del centro de la Meseta. Coincidiendo con esta apertura de nuevos mercados, la cerámica ibérica alcanzó algunos puntos del Mediterráneo, mientras que en la Península, al amparo de la nueva vitali-



dad del mercado, sufría grandes transformaciones de enorme trascendencia para su posterior desarrollo.

Las cerámicas ibéricas y celtibéricas a finales del siglo I a. C. son producciones que entraron raramente en circuitos comerciales, si exceptuamos la mínima expansión mediterránea y algunos esporádicos hallazgos costeros; fueron producciones mayoritariamente enraizadas en sus propios núcleos de origen, en los que aparecen en grandes cantidades asociadas a la cultura material de los propios artesanos. Ello obedece, entre otros motivos, a la funcionalidad inherente de las piezas, adaptadas en forma y tamaño a las necesidades de una población sedentaria que basa su economía en la explotación del medio. Por ello, la entrada de estas cerámicas pintadas en los circuitos comerciales se produjo únicamente en puntos costeros y no se extendió de ninguna manera al interior.

En el mundo arévaco y vacceo, o en la propia Carpetania, la cerámica del siglo I a. C. está desprovista de cualquier tipo de elementos superfluos y se ajusta perfectamente a la función para la que se produce. Las urnas funerarias, los vasos o los grandes *dolia* de almacenamiento, aparecen en ocasiones ornamentados con sencillos esquemas geométricos cuya evolución se hizo lentamente y en los que los elementos decorativos mantenían tradiciones seculares mínimamente alteradas. En primer lugar, esto se debe a la ausencia de una estética cerámica, a la falta de una motivación estilística más allá de criterios funcionales.

En esta situación, cuando se produjo la entrada de los materiales aretinos en el mercado hispano, las cerámicas indígenas se vieron sorprendidas ante la creación de unos circuitos comerciales activos que iban a alcanzar los puntos más recónditos, contagiando el ambiente con modas y estilos en los que los criterios estéticos se habían sumado a los funcionales. Todavía era este un fenómeno embrionario cuando a comienzos del segundo cuarto del siglo I d. C. los talleres franceses lanzaron al mercado los modelos de la *terra sigillata* sudgálica.

Pero si las aretinas, probablemente por su mayor coste debido a la lejanía de los centros de producción, no habían conseguido provocar una reacción en las tradiciones cerámicas indígenas y habían perdido parte de sus mercados potenciales (Pucci, 1983, 111), la *terra sigillata* sudgálica, con un precio más bajo debido a la multiplicación de la producción y a la facilidad de transporte, fue la chispa que ocasionaría un lento pero progresivo movimiento de las tradiciones cerámicas indígenas.

En la *terra sigillata* sudgálica se funden tres conceptos fundamentales: la estética, la funcionalidad y el precio competitivo. Ello le permitió alcanzar mercados que habían estado parcialmente cerrados a las aretinas y, en consecuencia, supuso una seria amenaza para las actividades artesanales de determinados sectores de la población. Esto provocó una lógica reacción entre algunos alfareros indígenas, que comenzaron a introducir en sus piezas elementos de los nuevos productos que llegaban por los Pirineos a fin de no perder sus mercados tradicionales.

Pero este artesanado se vio desbordado cuando, durante los reinados de Claudio y Nerón, la *terra sigillata* producida en La Graufesenque inundó literalmente todos los rincones del Imperio, desde el Rhin hasta las costas africanas. Fue entonces cuando el mercado cerámico se hizo realmente competitivo y cuando los alfareros indígenas idearon nuevas variedades que les permitieran mantener su posición. No es casual que sea justamente en este período, los últimos 25 años de la dinastía julio-claudia, cuando comienzan a producir los talleres de *Chunia* o cuando lo hagan los alfares de cerámicas finas de Segóbriga. Esta competencia comercial parece afectar únicamente a los productos cerámicos de uso cotidiano, pero no a las cerámicas de lujo, a cuya importación no podía oponer resistencia el mercado hispano.

Las cerámicas que comenzaron a producir en este nuevo período los alfares indígenas incorporaban ya elementos tomados del repertorio romano y a ellos sumaban las particulares interpretaciones de los elementos tradicionales. En cada taller parecen observarse unos fines completamente distintos; así, en *Chunia*, la producción de los años sesenta en adelante desplaza del mercado a la cerámica de “paredes finas”; en Segóbriga, los vasos globulares y carenados superan con mucho el volumen de las cerámicas gálicas y se equiparan a las primeras producciones hispánicas. Pero, fuera de estos dos centros, el resto de los yacimientos ofrecen un panorama menos “agresivo”, con producciones o importaciones de cerámica pintada en reducidas cantidades. Incluso en enclaves de larga tradición cerámica, como puede ser Elche, la cerámica pintada no ofrece variedad y aunque se mantuvo una producción muy uniforme de sencillas decoraciones, su desarrollo no parece considerable. Lo mismo se puede decir del flanco occidental peninsular.

La cerámica pintada de la segunda mitad del siglo I d. C. tuvo objetivos claramente comerciales; no se fabricó únicamente para el autoabastecimiento, sino que los

productos se difundieron asociados al resto de los elementos de la vajilla romana. En la cerámica pintada, la falta de medios técnicos adecuados se suplió con la originalidad, mientras que el menor número de formas se compensó con la mayor cantidad de producción y con una gran difusión en áreas muy restringidas; pero todo este fenómeno artificial no alcanzó el grado de desarrollo suficiente para competir en un mercado amplio de ágiles desplazamientos y, con la proliferación de los productos de la *sigillata* hispánica, sucumbió de forma repentina a finales del siglo I o principios del II en casos extremos.

La demanda de cerámicas pintadas parece que, durante el siglo II d. C., había decaído completamente, y las producciones aparentemente se extinguieron. Hallazgos aislados muestran tenues pervivencias locales, que, sin embargo, no son un fenómeno generalizado. Durante los siglos II y III se observa un aparente vacío de estas producciones, lo cual, si bien no indica que no existan, sí parece anunciar que la fabricación fue restringida.

Durante el siglo IV, el auge del poblamiento rural favoreció de nuevo la eclosión de estas variedades, que salieron de talleres y hornos locales en grandes cantidades. Los productos de esta época se caracterizaron por una masiva incorporación de elementos decorativos típicamente romanos, así como por la reinterpretación de motivos indígenas altoimperiales. Ahora la producción ya no se difundió tanto; los contactos culturales generaron una uniformidad de los tipos, pero la variedad de pastas y las peculiares interpretaciones de los motivos decorativos al uso señalan una diversificación de los talleres. En algunos núcleos, como en Segóbriga, la resistencia a las importaciones de manufacturas de *sigillata* se manifestará con una producción estandarizada de cerámica pintada, que utiliza formas y motivos decorativos muy difundidos en el mundo romano.

Los testimonios regionales

Sería vano intentar marcar un límite inamovible entre las últimas producciones puramente indígenas y las primeras cerámicas pintadas de corte romano. Semejante frontera no existe y sólo puede hablarse de un relativamente corto margen de tiempo en el que los productos se transformaron de tal manera que los elementos incorporados en esa evolución permiten distinguir un nuevo estilo acorde con los influjos de la época.

Por lo mismo, este paso no se dio ni al mismo tiempo ni con el mismo ritmo en unas regiones y otras. Los conceptos de la historia política apenas tienen influencia en este campo, pues si bien es cierto que en las zonas que conocieron tempranamente la presencia romana el cambio se operó muy pronto, esta transformación pudo ser superficial, mientras que en zonas que aceptaron más tardíamente el dominio romano, la evolución fue, en ocasiones, más radical en un período de tiempo más reducido. Evidencia de ello es que fue el mercado el que condicionó esta transformación.

En algunas zonas no existe siquiera este proceso evolutivo. En esos casos, las cerámicas pintadas indígenas van evolucionando de forma propia hasta que se extinguen, de tal forma que la *terra sigillata* y el resto de los productos típicamente romanos se apoderaron de un mercado sin competencia. Un rápido análisis regional nos permite observar estos particularismos.

En el valle medio del Ebro, el taller de *Azaila* es, sin duda, el más representativo de los centros productores de cerámica ibérica, sin que deba ignorarse, por estar en parte inéditos sus materiales, el de *Arcobriga*. Estos dos enclaves concentraron los estilos más personales, si bien siguieron en época romana derroteros bien diferentes. En el taller de *Azaila*, que definió en sus últimas fases una serie de motivos decorativos —especialmente animales— que tendrían una viva presencia en época imperial, se dejaron de producir cerámicas pintadas, mientras que *Arcobriga* modificó y adaptó sus estructuras hasta el punto de mantener una vigorosa producción en los primeros siglos del Imperio. Junto a estos dos enclaves, *Celsa* (Vellilla de Ebro-Zaragoza), la colonia cesariana, proporcionó hace años un magnífico vaso pintado (Beltrán Lloris, 1979, fig. 6) fechable hacia el cambio de Era o primeros años del siglo I d. C., en el que aparece ya una característica decoración sobre el hombro, con un friso metopado que recoge esquematismos vegetales, roleos, trazos con ápices, etc., elementos todos ellos que aparecerán luego en las producciones clunienses, pero que figuran aquí sobre una forma aún indígena, constituyendo una manifestación tardía de las producciones autóctonas y precedente directo del estilo decorativo cluniense de cincuenta años después.

En el alto Ebro, en territorio berón, *Libia* (Herramelluri-Logroño) presenta un elevado número de piezas pintadas cuya producción cubre desde época republicana hasta el siglo IV inclusive (Castiella, 1979, 191 ss.),



en las que nada en el aspecto externo, nos habla de unas influencias romanas evidentes, pues aunque el tipo de vaso carenado de paredes rectas que A. Castiella llama forma 1 es similar a la forma 3 de *Clunia* (Abascal, 1986, figs. 25-35), la decoración riojana presenta unos motivos geométricos simplificados que tan sólo recuerdan a producciones indígenas (Castiella, 1979, figs. 37-39), sin que su dilatada cronología permita considerar estas piezas como “cerámicas pintadas romanas”.

Al norte del Ebro el mantenimiento de las tradiciones cerámicas indígenas en época imperial es evidente. Un fragmento pintado de Solsona, procedente de uno de los silos excavados por Serra Vilaró (1924, 10, fig. 7), no deja lugar a dudas sobre su fecha de composición: una decoración de círculos concéntricos dentro de casetones metopados convierte la pieza en una imitación de *terra sigillata*, pese a que carezca de evidencias cronológicas. Información más precisa ofrece el fragmento decorado de la *villa* de Sentromà (Abascal, 1986, 394, nº 626), que Guitart (1970, nº 11) dató a mediados del siglo II d. C.; su decoración recuerda motivos que figuran también en enclaves de los valles del Ebro y Duero pocos años antes, con buenos paralelos en *Arcobriga* y Numancia. Los de Solsona o Sentromà son datos que, por el momento, quedan fuera de un contexto de producción generalizada, circunstancia que se puede hacer extensiva a los escasos testimonios baleáricos.

En la Meseta Norte el punto de referencia de la cerámica pintada de época romana y tradición indígena es necesariamente *Clunia*, que constituye la evidencia formal de que no existe una ruptura radical entre las producciones indígenas y los tipos que incorporan elementos romanos. Entre los materiales procedentes de los famosos vertederos de Los Pedregales, excavados a principios del siglo XX y conservados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, figuran, junto a las formas características del alfar que definen el llamado estilo del “pintor de los pájaros y las liebres”, otras dos formas, el plato de labio vuelto y la copa de pie alto. Dado que los materiales proceden de un vertedero excavado sin estratigrafía, se podría pensar que se trata de productos indígenas correspondientes a la parte inferior del vertido y sin conexión con el resto del conjunto, si no fuera por la existencia de una copa (Abascal, 1986, 316, nº 10, fig. 9) fabricada en idéntica pasta blanquecina que el material típicamente romano y a la que, en algún momento del proceso de elaboración, “salpicó” la pintura que se estaba aplicando

sobre otro vaso, de tal forma que quedó inutilizada. Esta circunstancia muestra claramente la coetaneidad de la producción de estos platos y copas con las primeras formas no indígenas del alfar y define este momento de coexistencia de ambos estilos que terminará con el eclipse de las producciones autóctonas por la presión del mercado. La conocida cerámica cluniense pintada con motivos florales y animalísticos que lleva el nombre de la ciudad (Taracena, 1931-32, 85 ss.; Abascal, 1986, 39 ss.) comenzó a producirse a mediados del siglo I d. C.; la incorporación de estos elementos no obedeció a la fuerza del sustrato regional, sino que se trataba, sin duda alguna, de elementos tomados de las últimas producciones del valle del Ebro, pues la cerámica de *Clunia*, en sus aspectos formales y decorativos, es una cerámica ibérica tamizada por las tipologías itálicas y meseteñas que incorpora las preocupaciones estéticas de la Iberia mediterránea. Semejante análisis nos lleva a descartar estas producciones clunienses como evidencias de la tradición celtibérica propiamente dicha; el único testimonio que proporcionan es el de la respuesta de los talleres indígenas ante el peso de las importaciones itálicas y sudgálicas; su estética no tiene raíces regionales; su producción es un intento de sostener una actividad local aún a costa de modificar la tradición. La cerámica de *Clunia* es una cerámica de tradición indígena, pero no la evidencia del indigenismo de sus fabricantes.

En la región levantina y murciana hay un amplio espectro de producciones que marcan el tránsito desde lo puramente indígena a las producciones típicamente romanas. La fecha puente entre ambos estilos parece ser el reinado de Augusto. La ciudad de Cartagena ha ofrecido un riquísimo conjunto de cerámica pintada, revalorizado en los últimos años por M. Ros (1989) que, a una meticolosa tipología, ha añadido las precisiones cronológicas suficientes para probar el mantenimiento de estos productos a comienzos de la etapa imperial. El punto de partida de sus consideraciones son las urnas de la necrópolis de la Torre Ciega de Cartagena (Beltrán Martínez, 1948, 159-163; González Simancas, 1929, 16-17), en donde se conocían ya varias urnas que la autora incluye en sus tablas bajo las formas VIa y XVIIb, para las que la cronología alcanza los años centrales del siglo I d. C. (Ros, 1989, 123). Una y otra forma son diferentes versiones de urnas globulares, más o menos anguladas, similares a las alicantinas de Fapegal, con las que coinciden también en su cronología. Al mismo período atribuye Ros su forma

VIII, un cuenco globular de borde en cazoleta, que imita el tipo Mayet 3 de paredes finas (Ros, 1989, 103); este proceso de imitaciones se observa también en los productos del interior de la Meseta (Abascal, 1986, 107). El único taller que sigue produciendo con posterioridad a esta fecha de los hoy conocidos en esta región es el de La Alcudia de Elche, que difunde a principios del siglo I a. C. un tipo de urna globular muy bien documentado en los tres ejemplares de la necrópolis de la *Torre Ciega* de Cartagena y en buenos hallazgos en La Alcudia (Ramos Folqués, 1962, 274 y lám. II; Ramos Fernández y Ramos Folqués, 1976, lám. XCIII).

Si los datos citados hasta aquí se refieren mayoritariamente al universo formal de comienzos del siglo I d. C., la prolongación temporal de esas manifestaciones viene dada por los olpes (Abascal, 1987, 361-377), un tipo que alcanzará extraordinaria difusión en los niveles posteriores a esa fecha en el área alicantina.

El olpe pintado que aparece en los niveles altoimperiales de algunos emplazamientos mediterráneos es la adaptación local de una forma de cerámica común romana (Llobregat, 1969, 366-378). En esencia, el olpe es una jarra de cuerpo abultado, cuello alto, una o dos asas y borde exvasado, que ofrece un amplio campo central para situar la decoración (fig. 5).

La presencia de elementos metopados en esa zona decorada responde ya a los gustos que impone la cerámica fina romana, del mismo modo que la prolongación del cuello, que en ocasiones es extremadamente estilizado, obedece a las modificaciones formales de las series mediterráneas del siglo II; la evolución del elemento indígena, fuera de la obvia presencia de la decoración pictórica, se evidencia en la estilización de los motivos, en el esquematismo de los trazos, en la reducción del repertorio ornamental. La existencia de motivos decorativos que se repiten en uno y otro vaso contribuye a crear la impresión de que nos hallamos ante series de fabricación, lo que nos acercaría aún más al mundo de la cerámica romana.

Todo este panorama estético y formal no es argumento suficiente por sí solo para datar los olpes; pero contamos con algunas referencias cronológicas seguras ofrecidas por los contextos: en el Tossal de Manises una pieza apareció asociada a *sigillata* clara de la segunda mitad del siglo II d. C. y otra reproduce con precisión un modelo de cerámica común de la misma cronología; un ejemplar de Elda es de la segunda mitad del siglo I d. C.;

otro ejemplar ilicitano alcanza el siglo IV, etc. El olpe sobrevivió a la desaparición de otros repertorios formales por su funcionalidad, se impuso en el mercado después de extinguirse las grandes urnas globulares y el *kalathos* de época julio-claudia y alcanzó sin dificultad el Bajo Imperio.

Entre los hallazgos relativamente recientes hay que citar en Alicante los de la necrópolis de Fapegal, situada en el costado nororiental de *Lucentum* (Tossal de Manises, Alicante), que forma parte de una de las dos áreas funerarias que conocemos a los pies de la antigua ciudad; la primera de ellas es la denominada “necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante” que, salvo raros testimonios, es netamente anterior a la presencia romana (Rubio, 1986); la segunda contendría tanto los enterramientos de Fapegal como los del próximo Parque de las Naciones, con ajuares que cubren el cambio de Era y alcanzan la época neroniana.

Los enterramientos de Fapegal han proporcionado tres piezas pintadas de extraordinaria calidad que interesan a nuestro propósito. Hay que citar también los pequeños vasitos y *kalathoi* que aparecen en el nivel “C” o altoimperial de La Alcudia de Elche, cuya simplificación estilística y reducido número los convierte en “testigos” dentro de un nivel que no les es propio. El mismo fenómeno se documenta en el *Portus Ilicitanus* (Santa Pola, Alicante) y en el Tossal de Manises en Alicante, en donde, entre otros materiales, figura una pátera con una decoración de hojas de yedra, tema frecuentísimo en el mundo ibérico tardío y que pasará después esporádicamente a las series de olpes.

Pero, sin duda, la región que más resistencia opuso a la transformación radical de los tipos cerámicos es la Meseta Sur, en donde los últimos años del siglo I a. C. y la primera mitad del I d. C. presenciaron la continuidad en la fabricación de características cerámicas indígenas. Esta fuerte producción nos permite observar la funcionalidad de estas cerámicas, que todavía no habían antepuesto criterios estéticos y suntuarios a las necesidades cotidianas. Por ello, la mayor parte de las piezas son ollas de cocina, vasos globulares y platos, con sencillas decoraciones que han llegado a definir un estilo denominado “Meseta Sur” –fig. 6– (Fernández-Galiano, 1977) del que siguen apareciendo continuamente nuevos testimonios (Calle y Garrido, 1989). Las primeras están bien representadas en *Ercavica*, *Valeria*, Segóbriga, *Titulcia*, Toledo y *Complutum*. Los vasos globulares están también representa-



dos en Toledo, Segóbriga y *Ercavica*. Los platos, muy frecuentes en todos los yacimientos, se documentan bien en la villa romana de Villaverde, *Complutum*, Segóbriga y *Ercavica*. Junto a estas formas características aparecen otras de manera aislada, como es el caso de algunos ejemplares de *Titulcia* o de un reducido número de formas halladas en Segóbriga incluso en las campañas de excavación posteriores al año 2000.

Al margen de la estricta funcionalidad de todas las piezas citadas anteriormente, algunas de ellas deben ser consideradas precedentes directos de tipos que se fabricarán en la segunda mitad del siglo I d. C. Tal es el caso de los vasos globulares que preludian, sin duda alguna, a la forma 18 (Abascal, 1986, figs. 85-103) de época flavia. Así mismo, los vasos carenados de la forma 17 tienen sus precedentes formales y decorativos en ejemplares ercavicensés, que comienzan a insinuar la carena aunque el labio todavía no haya evolucionado. Algunas ollas globulares presentan ya una alternancia de bandas de color vinoso y estrechos frisos decorados con trazos que serán frecuentes en la forma 18B. Por lo que respecta a los platos, en un ejemplar de *Complutum*, fechado entre los años 50 y 70 d. C. por su contexto (Abascal, 1986, nº 67), las diferencias con los pequeños cuencos de la forma 16 son ya mínimas, siendo éste uno de los tipos que con más fuerza preludian la aparición de vajillas típicamente romanas.

Andalucía presenta, en lo que se refiere a cerámicas pintadas de época imperial, un mundo opuestamente distinto al que conocemos para cualquier otra zona peninsular. Aunque no son frecuentes los hallazgos, parece deducirse un alto componente de tradición indígena que, en los tres siglos anteriores al cambio de Era, manifiestan una extraordinaria vitalidad. En los ambientes andaluces, uno de los conjuntos que el paso de los años obliga a revisar es el de la necrópolis de la Puerta Norte de Cástulo, excavada entre 1971 y 1972 y que ofreció un buen número de urnas funerarias pintadas. Establecida la datación en época romana de los hallazgos, la duda sobre una fecha antigua para los restos o una cronología bajoimperial apoyada por la numismática, puede despejarse hoy día por las referencias que otros núcleos ofrecen para el conjunto. Así, algunas urnas de Cástulo encuentran sus paralelos en Alicante o Villaricos: las formas globulares pueden vincularse tipológicamente a los hallazgos de la Torre Ciega de Cartagena; el *kalathos* en «U» de tendencia cónica se repite en Alicante, etc. Es probable que todo ello permita confirmar para el conjunto castulo-

nense la datación en la primera mitad del siglo I d. C. que propuso su excavadora (Canto, 1979, 86). Las formas pintadas características de la necrópolis de Cástulo son tres: la urna globular en sus diferentes variantes, el *kalathos* de boca abierta y un tipo intermedio entre ambos modelos, que, en consecuencia, alterna las paredes casi rectas con la tendencia globular, llegando en ocasiones al cuerpo cilíndrico. Establecer una secuencia cronológica de los tipos citados es, hoy por hoy, imposible.

En 1970, M. Vegas dio a conocer un gran número de fragmentos con decoración pintada procedentes de las excavaciones en Munigua (Vegas, 1969-70, 91-95 y fig. 5 y 6). Dicho conjunto estaba integrado por páteras y botellas decoradas al exterior, con bandas de color marrón en diferentes tonalidades, cuyo aspecto era similar al de un débil engobe. Vegas fechó los hallazgos en el siglo I d. C. (*ibidem*, 92) y se refirió a los fragmentos del mismo tipo recogidos en la necrópolis de Carmona, con los que, en su opinión, se hallan emparentados (*ibidem*, pág. cit.). Las páteras de Munigua guardan relación así mismo con los precedentes de la forma 16 en la Meseta Sur, cuencos en los que todavía es muy fuerte el peso de las tradiciones indígenas y que en Segóbriga hemos fechado en la primera mitad del siglo I d. C.

Materiales bien fechados proporcionaron las excavaciones de A. García y Bellido en el templo romano de Córdoba (García y Bellido, 1970, 8 ss.) en el espectro de niveles que cubren el período de la dinastía julio-claudia. Se trata de fragmentos que poseen al exterior sencillas decoraciones geométricas, consistentes la mayor parte de las veces en simples líneas horizontales. No se han hallado formas completas y los fragmentos aparecen bien fechados por *terra sigillata* itálica, gálica y cerámica de "paredes finas". Las pastas, por lo general, son de barro fino bien cocido, de color amarillento claro, y presentan una decoración pintada en color vinoso. No guardan relación con estos hallazgos los ejemplares procedentes del yacimiento de "Camino Viejo de Almodóvar" (Santos Gener, 1949, 212), cuyas sencillas decoraciones en color ocre remiten de nuevo a las últimas manifestaciones artísticas de la alfarería indígena.

En Galicia y Portugal los ambientes indígenas produjeron aún en los primeros años del siglo I d. C. cerámicas pintadas de gusto castreco (Lorenzo Fernández, 1956, 125-139; Abascal, 1984a, 179-208; Soeiro, 1985-1986, 110; Hidalgo, 1987), que perviven en ambientes muy romanizados. En estos tipos, entre los que merecen



destacarse los conjuntos de Viladonga –Lugo– y Vigo –Pontevedra– (López Cuevillas, 1958), siguen predominando lo que se denominan cerámicas castrexas pintadas (Lorenzo Fernández, 1956, 125-139). En Portugal, las primeras producciones pintadas siguen la misma línea que en Galicia, con un fuerte arraigo de formas y motivos castrejos, si bien las transformaciones se operan muy pronto y, ya en la segunda mitad del siglo I d. C., se están imitando formas de la *terra sigillata* y determinados mo-

tivos decorativos son ya claramente romanos. En el área lusitana se hace muy difícil la distinción cronológica de algunos ejemplares sin estratigrafías, pues, al igual que se producen transformaciones radicales desde mediados del siglo I, algunos tipos prerromanos perviven sin alterarse y así, cuando en el siglo IV prolifera la producción de cerámicas pintadas de necrópolis, la cercanía de los motivos decorativos de estas piezas a los modelos indígenas va a ser mayor que en otras zonas peninsulares.



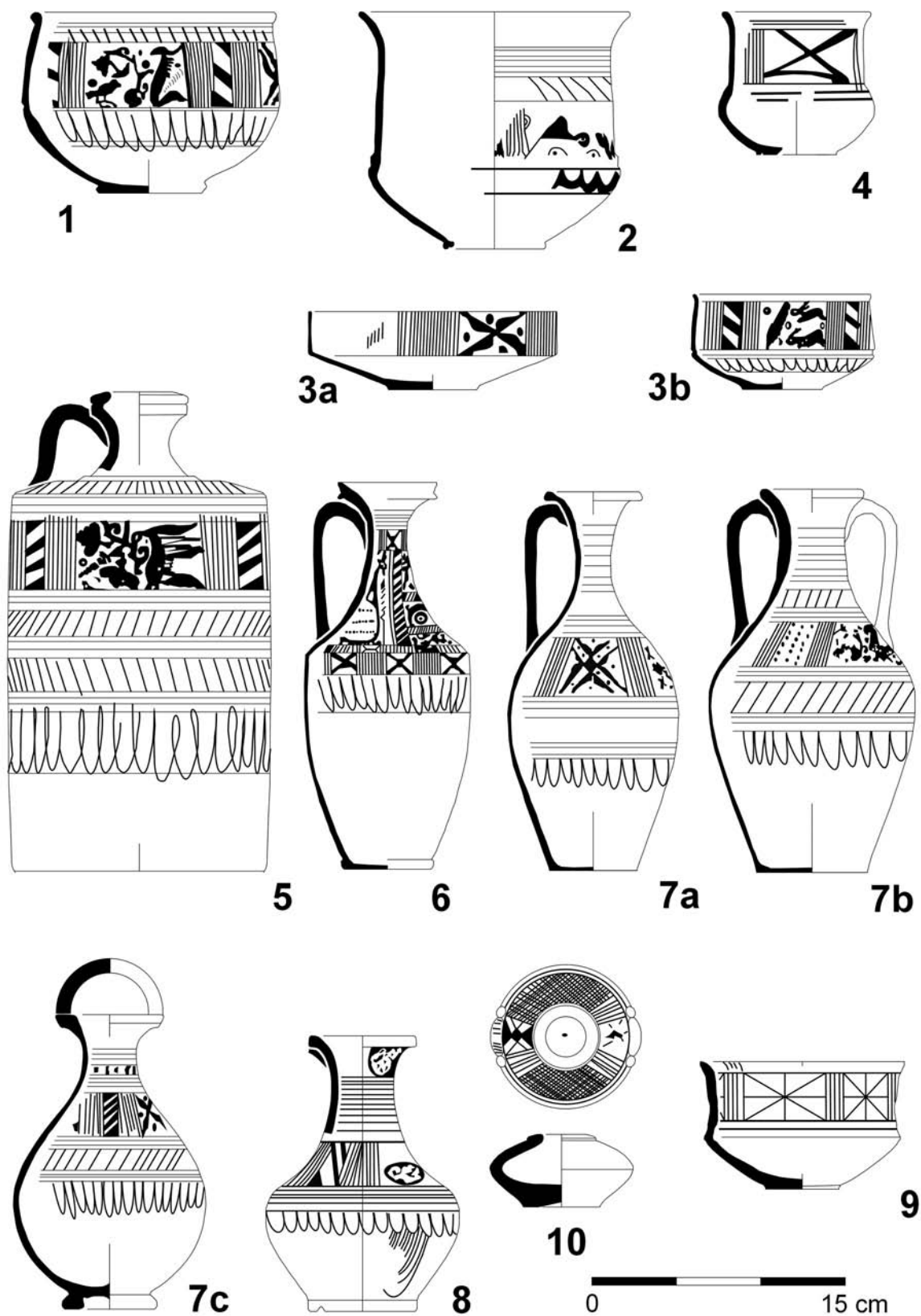


Figura 1. Tipología de la cerámica pintada de época romana en *Hispania* (Dibujos de R. Cebrián).

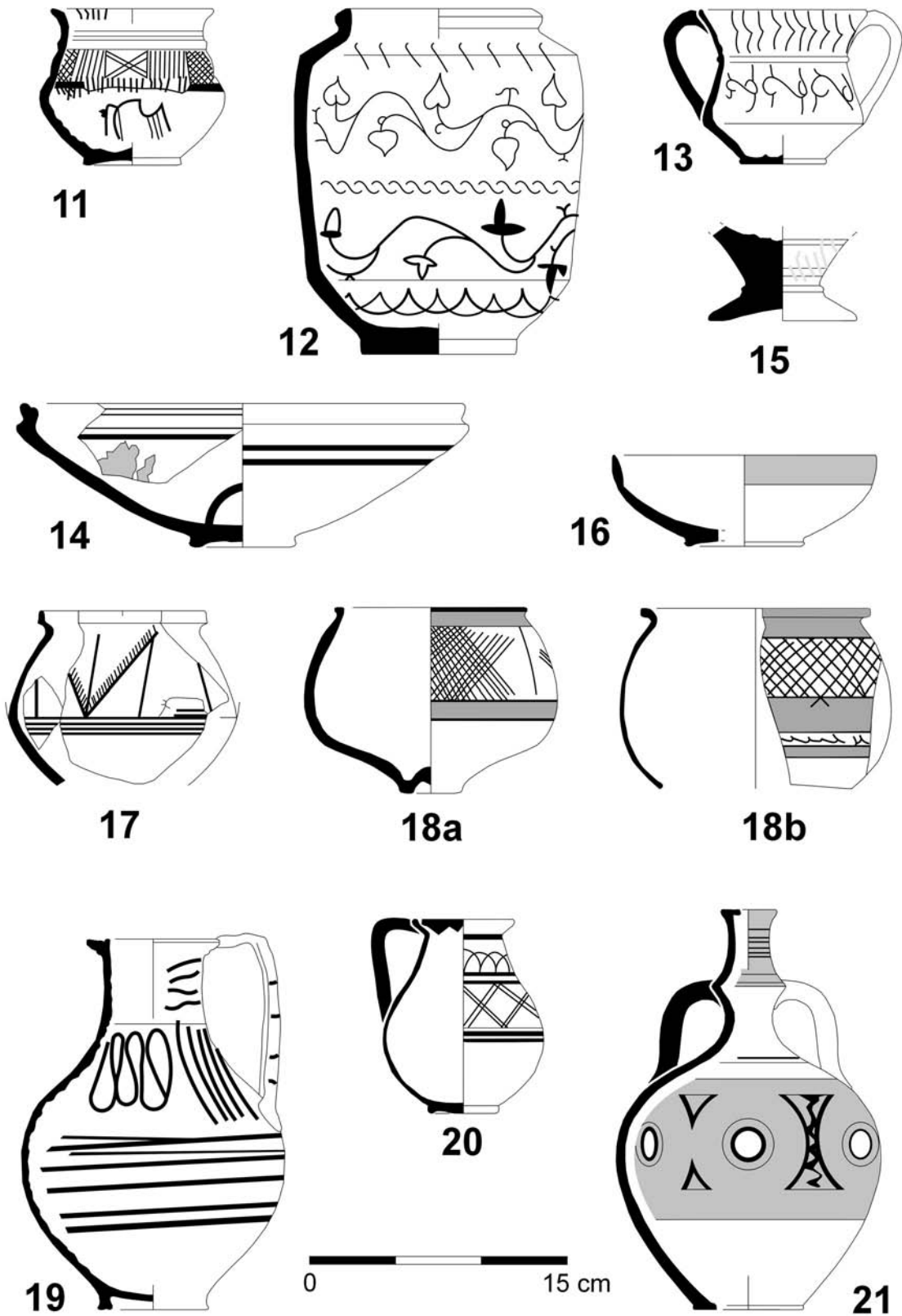


Figura 2. Tipología de la cerámica pintada de época romana en *Hispania* (Dibujos de R. Cebrián).

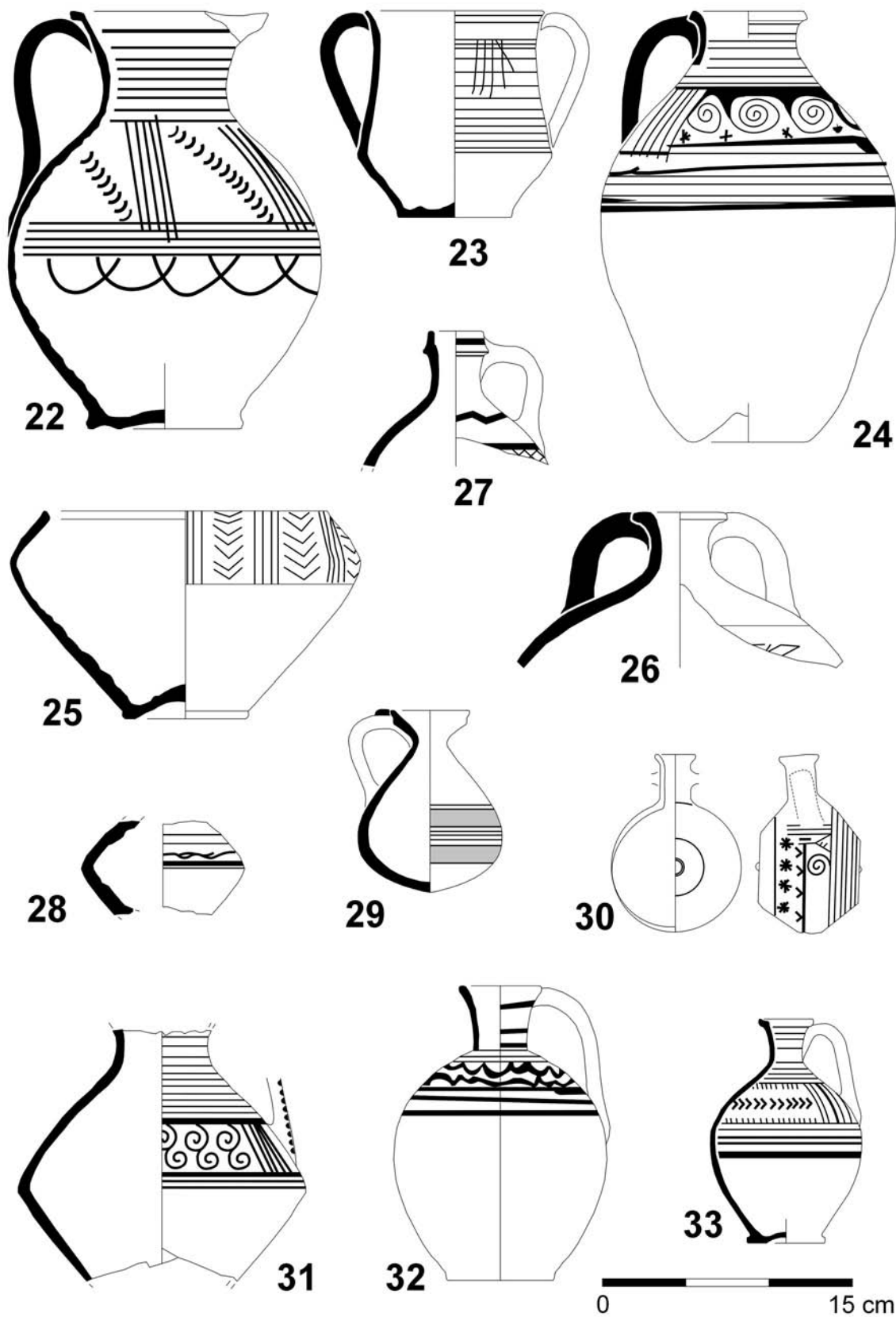


Figura 3. Tipología de la cerámica pintada de época romana en *Hispania* (Dibujos de R. Cebrián).

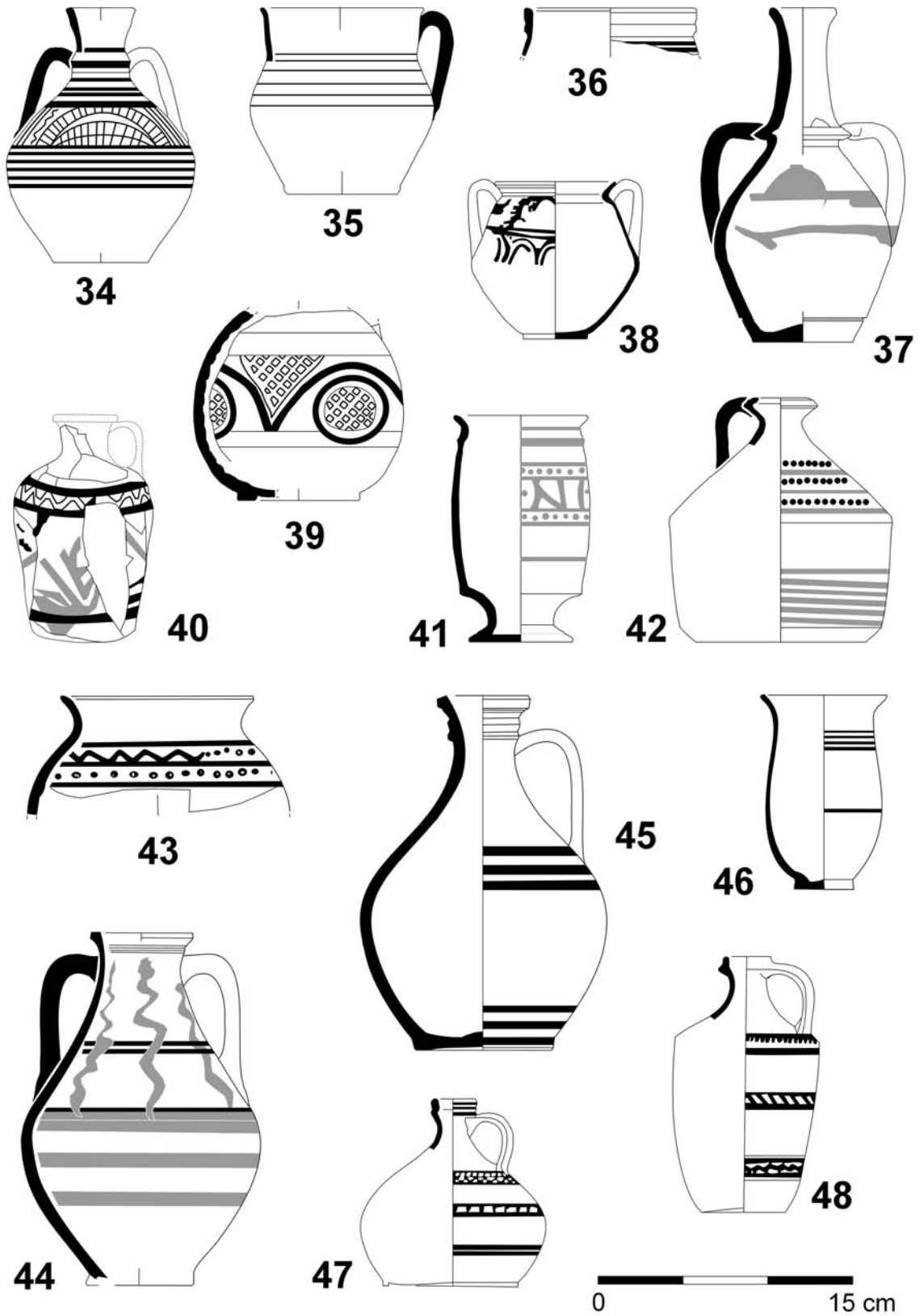


Figura 4. Tipología de la cerámica pintada de época romana en *Hispania* (Dibujos de R. Cebrián).

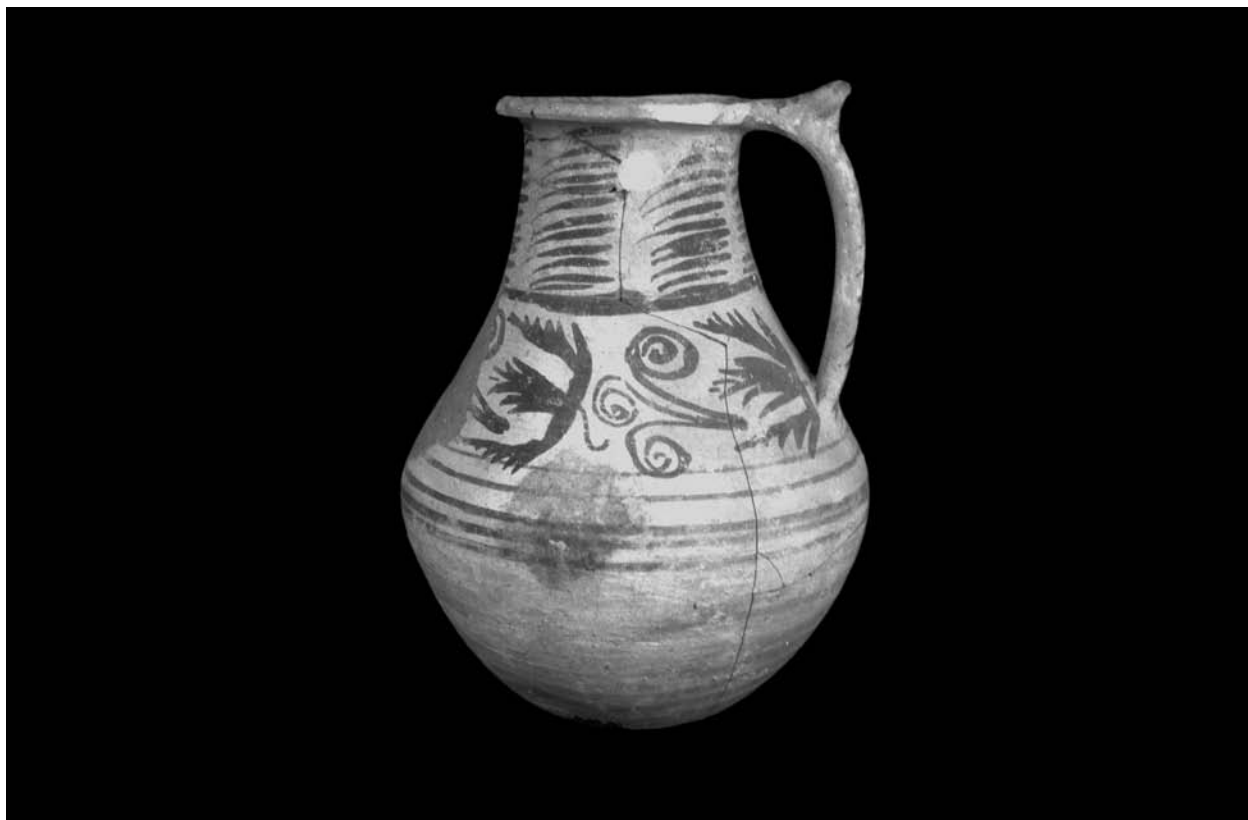


Figura 5. Olpe característico de las producciones de *Ilici* (La Alcudia de Elche, Alicante), de los siglos I-II d. C.



Figura 6. Vaso de cerámica pintada de Segóbriga, del tipo Meseta Sur. Finales del siglo I d. C. Inédita.

Bibliografía

- Abascal, J.M. (1984a): "La cerámica pintada de época romana en Portugal y sus conexiones periféricas", *Revista de Guimarães* 94, pp. 179-208.
- Abascal, J.M. (1984b): "La cerámica pintada romana del Museo Municipal de Madrid", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas* 3, pp. 77-157.
- Abascal, J.M. (1986): *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica*. Madrid.
- Abascal, J.M. (1987): "Olpes pintados de época imperial en la provincia de Alicante", *Saguntum* 21, pp. 361-377.
- Abascal, J.M. (1988): "La producción y el comercio de cerámicas pintadas como reflejo de la integración entre lo indígena y lo romano en la Meseta Sur", *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Ciudad Real 1985*, vol. IV, Ciudad Real, pp. 125-150.
- Abascal, J.M. (1992): "La cerámica pintada de tradición indígena en las áreas ibéricas de la Hispania romana", *Les ceràmiques de tècnica ibèrica a la Catalunya romana (segles II a. C.-I d. C.)*, Societat Catalana d'Arqueologia, Barcelona, pp. 91-96.
- Beltrán Lloris, M. (1979): "La colonia *Victrix Iulia Lepida Celsa* (Velilla de Ebro, Zaragoza): primeros resultados de las excavaciones", *RSL* 45, pp. 183-202.
- Beltrán Martínez, A. (1948): "Breves notas sobre la cerámica ibérica pintada del Museo de Cartagena", *III Congreso Arqueológico del Sudeste Español. Murcia 1947*, Cartagena, pp. 159-163.
- Calle, J. y Garrido, A. (1989): "Lote de cerámica pintada romana procedente de Vaciamadrid", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas* 8, pp. 115-155.
- Canto, A. (1979): "Necrópolis de la Puerta Norte, campañas de 1971 y 1972", J.M. Blázquez *et alii*, *Cástulo II. Excavaciones Arqueológicas en España* 105. Madrid, pp. 9-87.
- Castiella, A. (1979): "Materiales cerámicos del sector AM", A. Marcos Pous, *Trabajos arqueológicos en la Libia de los Berones*, Logroño, pp. 191 ss.
- Cuadrado, E. (1987): "La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)", *Bibliotheca Praehistorica Hispanica* 23. Madrid.
- Fernández-Galiano, D. (1977): "Un nuevo tipo de cerámicas romanas de tradición celtibérica", *Segovia y la arqueología romana*. Barcelona, pp. 177-183.
- García y Bellido, A. (1952): "Nuevos datos sobre la cronología final de la cerámica ibérica y sobre su extensión extrapeninsular", *AEArq* 25, nº 85, pp. 39-47.
- García y Bellido, A. (1957): "La necrópolis ibérica de Oran (Estado actual del problema referente a la expansión de la cerámica ibérica por la cuenca occidental del Mediterráneo)", *AEArq* 30, pp. 90-106.
- García y Bellido, A. (1970): "Los hallazgos cerámicos del área del templo romano de Córdoba", *Anejos de Archivo Español de Arqueología* 5. Madrid.
- González Simancas, M. (1929): "Excavaciones en Cartagena", *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* 102. Madrid.
- Guitart, J. (1970): "Excavaciones en la zona sudeste de la villa romana de Sentromá (Tiana)", *Pyrenae* 8, pp. 11-165.
- Hidalgo, J.M. (1987): "Materiales arqueológicos del castro de Vigo", *Setúbal arqueológica* 8, pp. 167-192.
- Llobregat, E.A. (1969): "Datos para el estudio de las cerámicas ibéricas de época imperial romana", *X Congreso Nacional de Arqueología. Mahón 1967*, Zaragoza, pp. 366-378.
- López Cuevillas, F. (1958): "Cerámicas inéditas del castro de Vigo", *Cuadernos de Estudios Gallegos* 41, pp. 321 ss.
- Lorenzo Fernández, J. (1956): "Cerámicas castrejas pintadas", *Revista de Guimarães* 66, pp. 125-139.
- Martín, G. (1968): "Comercio y producción de cerámicas finas en época imperial", *Comunicaciones a la Primera Reunión de Historia de la Economía Antigua de la Península Ibérica*, Valencia, pp. 107-137.
- Pucci, G. (1983): "Pottery and Trade in the Roman Period", *Trade in the Ancient Economy*, Londres.
- Ramos Fernández, R. y Ramos Folqués, A. (1976): "Excavaciones en La Alcudia de Elche durante los años 1968-1973", *Excavaciones Arqueológicas en España* 91. Madrid.
- Ramos Folqués, A. (1962): "Estado actual de las excavaciones en La Alcudia de Elche", *VII Congreso Nacional de Arqueología. Barcelona 1961*, Zaragoza, pp. 273-277.
- Ros, M. (1989): *La pervivencia del elemento indígena: la cerámica ibérica. La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio* 1, Murcia.
- Rosser, P. (1990): "Nuevos descubrimientos arqueológicos de época romana en el término municipal de Alicante", *Historia de la ciudad de Alicante I. Edad Antigua*. Alicante, pp. 189-205.



- Rubio, F. (1986): *La necrópolis ibérica de La Albufereta de Alicante*. Valencia.
- Santos Gener, S. de los (1949): "Adquisiciones del Museo Arqueológico de Córdoba", *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales* 10, pp. 209-220.
- Serra Vilaró, J. (1924): "Estación ibérica, termas romanas y taller de *terra sigillata* en Solsona", *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* 63, Madrid.
- Soeiro, T. (1985-1986): "Contribuição para o inventário arqueológico do concelho de Paredes (Porto)", *Portugalia*, N.S., pp. 6-7, 107-116.
- Taracena, B. (1931-1932): "La cerámica de Clunia", *Anuario de Prehistoria Madrileña* 2-3, pp. 85-91.
- Vegas, M. (1969-1970): "Munigua. Cerámica romana del siglo I d. C.", *Noticiario Arqueológico Hispánico* XIII-XIV, pp. 72-117.

